

Capítulo 54: Di la verdad.

"Ah sí, es cierto... Necesito explicar esto..." dijo Ada, cruzando los brazos pensativamente.

Vergil la miró confundido. «Katharina, ¿me estás tomando el pelo?», le dijo Vergil al aire, pero Ada lo miró fijamente, sin entender a qué se refería.

¡Oye! No estarás pensando que...

—Sí, sal, dondequiera que estés; no quiero trucos como este. No con la mujer que amo. Para ya —dijo Vergil, completamente serio.

"¡Pfff... Pff... JAJAJAJAJAJA!" Empezó a reírse a carcajadas, igual que Zafiro, pero... al mismo tiempo... "¿Así que crees que soy Katharina jugando contigo?" Ada sonrió con picardía, como si de verdad se estuviera burlando de él.

—Sí, exactamente —respondió Vergil sin cambiar siquiera su expresión seria.

—Ah... así que es así, ¿eh? —murmuró Ada, pasándose el dedo por los labios y mordiéndolos; intimidante, pero innegablemente sexy.

"Ada..." comenzó Vergil, tratando de darle sentido a todo, pero antes de que pudiera continuar, ella se inclinó más cerca y colocó suavemente un dedo sobre sus labios.





—Shh... no pienses demasiado, mi amor. Solo... disfruta el momento. —Volvió a sonreír, pero esta vez, Vergil sintió un escalofrío. La mirada en los ojos de Ada, aunque familiar, delataba algo profundamente extraño, algo que no podía identificar con exactitud.

Miró alrededor de la habitación; todo parecía normal, pero cuando sintió sus labios de nuevo...

Él la empujó lejos.

"¿Dónde está la Ada que conozco?", preguntó Vergil, observando a la mujer frente a él. Tenía los ojos ligeramente nublados y las manos temblaban... Parecía desesperada por algo que él pudiera darle, pero...

—Basta. —Habló con firmeza, y la marca de la maldición empezó a surtir efecto: una especie de collar con corazones apareció alrededor de su cuello.



—Ada Baal, di la verdad —ordenó, y todo el cuerpo de la mujer tembló mientras sus piernas se apretaban aún más fuerte.

La maldición sexual del vínculo Amo-Sirviente.

La atmósfera en la habitación se hizo más pesada y la tensión se convirtió en un aura casi palpable.

Vergil sintió la presencia de la maldición envolviendo el espacio a su alrededor mientras mantenía su mirada fija en Ada.



El tatuaje en su cuello parecía brillar con una luz tenue, una marca indeleble de la conexión entre ellos y, al mismo tiempo, un recordatorio de la fragilidad de ese vínculo.

—Ada... —repitió ahora más preocupado—, ¿qué te pasa?

Los ojos de Ada se abrieron de par en par, y por un instante, Vergil vislumbró a la verdadera Ada. "Vergil... por favor... lo intento..." Su voz se quebró, y un temblor recorrió su cuerpo como si luchara contra cadenas invisibles que la sujetaban.

—Lo entiendo —dijo Vergil, y la maldición cesó—. Ahora dime la verdad —comentó, sonriendo mientras la sentaba en su regazo.

¿Por qué? ¿Por qué entendió algo...?

—Tienes miedo de que me muera, ¿verdad? —preguntó, sonriendo suavemente mientras le acariciaba el pelo largo y negro—. Sabes que eso no va a pasar; confía más en tu marido. —Bromeó, pero la mantuvo cómoda entre sus brazos.

"¿Qué pasó?" preguntó, y Ada no pudo contenerse más... las lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

—Mi madre... mi madre quiere alejarme de ti... —susurró, escondiendo su rostro en su pecho.

"Pensé que no sentía nada... que era solo por el vínculo que Katharina creó accidentalmente..." dijo Ada, apoyando la cabeza en su pecho.





—Pero me gustas... Me gustas tanto que mi cuerpo se negó a aceptar a mi madre... Y huí... Robé una espada muy preciosa y huí —admitió Ada.

"Tengo tanto miedo..." continuó Ada, "No quiero perderte... Ni que me lleve un extraño solo porque mi madre lo quiere".

La revelación de Ada hizo que el corazón de Vergil se doliera.

"Ella la hizo llorar... Realmente hizo llorar a mi esposa..." pensó Vergil mientras la abrazaba más fuerte, sintiendo el calor de su cuerpo contra el suyo mientras sus lágrimas empapaban su camisa.

El vínculo entre ellos se hacía cada vez más fuerte, pero también más complicado, a medida que él comenzaba a comprender la profundidad de lo que ella estaba enfrentando.

«Mi esposa está llorando... ¿Qué es esta sensación en mi pecho?», se preguntó, sintiendo que su ser interior estaba a punto de estallar.

—No tienes por qué tenerle miedo, Ada. Estoy aquí —dijo Vergil con voz suave, pero con algo más—. Nadie te va a separar de mí, ni siquiera mi suegra.

Ada lo miró y Vergil vio la lucha interna por la que estaba pasando.

Sus ojos estaban llenos de dolor y confusión, pero también había una chispa de esperanza.





"Simplemente no quería que te lastimaras por mi culpa. Mi madre... es poderosa y no dudará en usar todo lo que tiene para traerme de vuelta, o mejor dicho... para romper el pacto."

—Tsk, da igual —dijo Vergil—. Ninguna de las dos cosas va a pasar. Y, sinceramente, ¿a quién le importa? Pagaré por hacer llorar a mi Ada. —El tono de Vergil era irracional.

—No... no sé si entiendes lo que eso significa —susurró Ada, con la voz aún temblorosa por las lágrimas—. Ella es la Reina Demonio, Vergil... No quiero que seas solo un objetivo más...

—Ya soy un objetivo, Ada. Lo sabes —interrumpió Vergil, arqueando una ceja—. Y no me importa. Lo que importa eres tú. Tu bienestar lo es todo para mí. No la dejaré ganar.

Ni ahora, ni nunca."

Con un profundo suspiro, Ada se acurrucó más cerca de él, buscando consuelo. "Es solo que... no sabía cómo decírtelo. El miedo a perderte me consumía, y lo único que podía pensar era en correr."

"Hiciste lo que creíste correcto en ese momento, y eso es lo que importa", dijo, acariciándole suavemente el cabello. "Ahora, veamos nuestro siguiente paso. Estamos juntos en esto, ¿verdad?"

...

—¿Entonces me estás diciendo que mi hija robó una de mis espadas y... huyó?
—preguntó Raphaeline al sirviente tembloroso que tenía delante.





—Tú... —La sirvienta intentó decir algo, pero una espada flotante la partió por la mitad, matándola en un movimiento rápido. Fue tan rápido que nadie vio lo que había sucedido.

Raphaeline observó cómo el sirviente se disolvía en una masa de sangre y carne, con una mirada fría e impassible mientras el cuerpo caía. La espada flotante, brillando con una luz oscura, flotaba a su lado, esperando su orden como una extensión de su voluntad.

«Si mi hija tomó la espada, está más lejos de lo que pensaba», murmuró Raphaeline para sí misma, mientras su mente ya tramaba algo. «Y si tiene la audacia de desafiarme, su madre, la encontraré».

Con un gesto de la mano, la espada volvió a su posición, flotando junto a ella, como un guardián vigilante. Raphaeline comenzó a caminar lentamente por la habitación, con cada paso deliberado y firme.



—Reúne a los demonios —ordenó con voz áspera—. La encontraremos. Nadie interfiere con nuestros lazos familiares. Si Ada cree que puede esconderse de mí, está muy equivocada.

Mientras los sirvientes se apresuraban a obedecer, la tensión en el ambiente se intensificaba; su presencia era una tormenta a punto de desatarse. Raphaeline se giró hacia un ventanal, mirando el horizonte, donde se acercaba la oscuridad de la noche. «La noche es mi aliada», pensó. «Y haré que la traición de mi hija pague un precio».

Al poco rato, entró un escuadrón de soldados, armados y listos. «Estamos preparados, mi señora», dijo uno de ellos con voz firme y resuelta.



Raphaeline se volvió hacia ellos, con una sonrisa cruel formándose en sus labios. «Asegurémonos de que mi querida hija sepa que una madre nunca olvida. Que comience la caza».

Los soldados demoníacos asintieron, y un sirviente los condujo afuera; su presencia irradiaba autoridad y peligro. La oscuridad de la noche los envolvió, con sombras danzando a su alrededor como ansiosas por la persecución.

"Prepárense", ordenó. "Ada no puede estar lejos. Y cuando la encontremos, nos darán una lección".

La caza había comenzado y Raphaeline estaba decidida a reclamar lo que era suyo, sin importar el costo.

